

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II

← BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1883 →

NÚM. 100



EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL PREMIO GRANDE, por don Juan Tomás Salvany.—FANTASÍA SOBRE MOTIVOS DE CAZA, por don José Ortega Muniña.—LA CATEDRAL DE AVILA (I), por don Francisco Giner de los Rios.

GRABADOS.—EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA.—UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield.—EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann.—UNA BODA EN BRETAÑA.—MONUMENTO ERIGIDO EN PARÍS A LA MEMORIA DE ALEJANDRO DUMAS, proyectado por Gustavo Doré.—Lámina suelta: VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO A ESPAÑA

REVISTA DE MADRID

El teatro Real.—La fiera del público.—Tempestad desencadenada.—Eficacia del frac y de la corbata blanca.—Cambio de ópera en concierto.—Buen éxito de *Mefistófeles*.—No ocurre nada.—Descenso de la Bolsa.—El *Anuario taurino*.

Me parece que debo una explicación al teatro Real.

En el curso de mis revistas he procurado siempre dedicar algunas frases á los distintos teatros de esta corte á medida que la importancia de las obras ó algun detalle de ejecución lo reclamaban.

Pero no me he ocupado del teatro Real... Es verdad que si yo debo esa explicación referente al gran coliseo musical, él nos debía por su parte excelentes voces, interpretación esmerada, prodigios de arte, en fin, que hubiesen promovido en nosotros instintivas corrientes de entusiasmo...

Y nada de esto nos ha dado.

Mi silencio tiene, pues, justificación. Hasta ahora el teatro Real no ha estado á la altura de su importancia.

El público de Madrid favorece con notable ahinco aquel teatro. En las buenas temporadas prodúcese allí el fervor artístico en grado eminente. El público forma un conjunto especial, unánime; y merced á sus inapelables decisiones ora eleva á los artistas al quinto cielo de la ovación y de la fama, ora los somete á pruebas terribles, y ahoga su voz entre protestas formuladas por murmullos, voces de reprobación y silbidos.

El público es un monstruo colosal, avasallador, imponente, que unas veces se muestra plácido y tranquilo, y otras rugie y se agita con fiera inconstrastable.

Pues bien, este año, el monstruo ha tenido pocas ocasiones de manifestar su agrado.

Hace algunas noches que llegó al colmo de su furia.

Trasformar de repente la ópera *Lucha en Dinorah*, era para el público, que ya otra noche había acogido esta última ópera de mala manera, como si á un animal enjaulado y hambriento le dieran á comer un manjar que le repugnase.

La explosión se hizo esperar muy poco. Fué tolerada la sinfonía de *Dinorah* que es una maravilla de instrumentación.

¡Pero nada más!

Se levantó el telón, y la gritería más estrepitosa resonó por los ámbitos del espacioso teatro.

La tempestad se desencadenó con ímpetu violento.

No hubo apelación. Al contrario; un dependiente de la empresa que salió á las tablas para calmar con algunas frases las iras del público fué rechazado unánimemente.

Aturdido con semejante suceso el pobre hombre se había olvidado de ponerse el frac y anudar á su cuello la corbata blanca.

¡Enorme delito! ¡Cantar mal por un lado y olvidar las reglas de la etiqueta por otro!... ¡Habrás visto cosa semejante!

Este error tuvo sin embargo fácil enmienda.

El dependiente se retiró abrumado bajo el peso de la rechifla pública y volvió á presentarse poco después hecho todo un caballero.

¡Enhorabuena! Entónces se le escuchó. No hay nada que contribuya tanto á la agudeza del oído como un frac y una corbata blanca vistos sobre un hombre que quiere hablar en el proscenio de un teatro. Los médicos que curan las enfermedades del oído debieran siempre ir vestidos con las prendas susodichas.

Hubo armisticio.

El dependiente manifestó la imposibilidad de cantar otra ópera. Aduló grandemente los intereses del público, y amansó la fiera anunciando la función del día siguiente, y prometiendo una serie de sinfonías para concluir *conciertadamente* aquella noche tormentosa.

En efecto, la función de ópera quedó trocada en función de concierto.

Y la orquesta hizo verdaderos primores.

Porque... es preciso decirlo, los profesores de la orquesta del teatro Real no pueden ser responsables de las malas facultades de algunos artistas.

Felizmente, ha lucido el sol después de la tormenta.

Se ha cantado el *Mefistófeles* de Boito con gran éxito. Las señoritas Theodorini y Borghi estuvieron admirables. Masini hizo un papel de Fausto magistral. Sus extraordinarias facultades granjeáronle como siempre unánimes y frenéticos aplausos.

* *

La actividad de los acontecimientos se halla suspendida. La semana de Madrid ofrece una aridez semejante á los campos que rodean á la capital de España.

¿Quereis saber qué ocurre? Pues... no ocurre nada.

Es decir, la *procesion anda por dentro*, como vulgarmente se dice.

Atravesamos una situación verdaderamente psicológi-

ca. Todas las miradas se hallan fijas en la *Bolsa*... ¿Y qué es la Bolsa? Una entidad que sube y baja á impulsos de aspiraciones secretas, de recónditos temores, de noticias vagas.

Yo he recorrido los teatros en busca de impresiones nuevas.

En todas partes he preguntado:

—¿Qué hay de nuevo por aquí?

—Nada;—me han contestado.—¡La Bolsa está bajando!

Después he pasado revista á las librerías, y en todas ellas he oído pedir el *Anuario*.

—¿Qué *Anuario* es ese?—pregunté.

Y me contestaron:

—El *Anuario taurino*, recopilado por el revistero de toros que en *El Imparcial* firma sus ingeniosas revistas con el seudónimo de *Sentimientos*.

Quizá no sea de este lugar la mención de semejante libro. Aunque el toreo se engalana con el sobrenombre de arte, yo tengo para mí que está á gran distancia de las artes calificadas de *bellas*.

Pero hay tanta gracia en ese libro escrito por Eduardo del Palacio; tiene ese fecundísimo autor un caudal de alegría, de donaire, de agudeza tan inagotable, que bien me puedo permitir en breves frases recomendarlo á los numerosos aficionados.

Además el libro en cuestión está lindamente ilustrado por el artista Lizcano.

Hállanse las páginas del *Anuario* llenas de hermosas viñetas que armonizan perfectamente con la viveza del texto.

La venta realizada en las librerías es ya considerable.

Dice Fernando Fe:

—Yo tengo mi apellido puesto en este libro.

PEDRO BOFILL

Madrid 23 noviembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

EL PRÍNCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA

El príncipe Federico Guillermo Nicolás Carlos de Alemania es huésped de la hidalga nación española. LA ILUSTRACION ARTISTICA, que por suerte se encuentra alejada de la candente arena política, no necesita saber la causa de la venida del príncipe; le basta con que éste haya pisado, en són de amistad, tierra de España, para deseárselo toda suerte de dichas bajo el hermoso cielo de nuestra patria.

El heredero de la corona imperial ha cumplido cincuenta y dos años el 18 de octubre último: á los veintinueve era ya oficial general. Al frente del segundo cuerpo de ejército batióse en Sadowa contra los austriacos, y al frente del tercero peleó contra los franceses en Woerth, en Estrasburgo, en Nancy, y sobre todo, en la para siempre memorable batalla de Sedan, en cuyos campos se enterró á un imperio moderno y resucitó un imperio caducado históricamente. Su biografía militar termina en el sitio de París: su talento, su valor y su buena suerte le han valido el grado de feld mariscal, suprema jerarquía en la milicia alemana. Hay que hacerle justicia: tiene ganados bravamente sus entorchados. A su cuna podrá deber muchas condecoraciones que adornan su pecho, el Toison de oro, la Legion de honor, la Jarretiera, los collares de la Anunziata y de San Andrés; pero sus ascensos en el ejército á nadie los debe; son premio de su indisputable mérito.

En 25 de enero de 1858 casó en Londres con la princesa Victoria Adelaida, hija mayor de la reina Victoria, que á la sazón contaba poco más de diez y siete años. Ha celebrado últimamente sus bodas de plata: su padre hace ya más de dos años que celebró las de oro. Seis hijos tiene, dos varones y cuatro hembras: el primogénito, Federico Guillermo, cumplirá pronto veinticinco años.

Dícese del príncipe que es persona de vasta instrucción y que conoce bastante á fondo la literatura española. Añádese que siente vivas simpatías por nuestro pueblo, el cual se las agradecerá tanto más en cuanto menos se acuerde de nosotros al discutirse los grandes problemas de la política europea; y se le supone partidario de la paz, en cual caso Dios se lo premie.

En Madrid se han dispuesto grandes fiestas en su obsequio, como es muy natural en semejantes casos. Figura entre aquellas una corrida de toros, y lo sentimos vivamente. Los toros podrán ser un espectáculo muy nacional; pero dudamos que en Londres, por ejemplo, se obsequiara oficialmente á un príncipe extranjero con una representación de *boxe*, por más que semejante barbaridad sea muy nacional y muy del gusto de los ingleses.

Es de esperar que el príncipe no juzgará de la cultura española por las escenas que tengan lugar en la plaza de toros. A nosotros se nos figura que con más gusto asistiría S. A. á la representación del *Alcalde de Zalamea*, ejecutado por Valero y Vico, lo cual fuera más digno de la patria de Calderón.

UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield

Este actor pertenece á tiempos pasados. En los nuestros, cuando un actor se retira, que nunca ocurre mientras no le retira el público con sus desaires, muy al contrario de criar opíparamente á un enjambre de gatos, le ocurre algunas veces envidiar la suerte de los felinos que disfrutan de la vida tendidos indolentemente sobre adamascado sofá ó acurrucados encima de la caja del brasero de alguna vieja solterona.

El actor de nuestro cuadro se ha retirado con todos los honores y por lo visto con todo el sueldo. Esto le permite recibir á esa jóven, probablemente una actriz en embrión, con el aire protector de una majestad, que si ha dejado de gobernar, no por esto se siente menos poseída de su importancia. La jóven, por al contrario, penetra en la estancia con cierta timidez, con esa timidez propia del soldado que se dirige á un general famoso. Sin duda ha oído referir los triunfos escénicos del personaje cuya protección solicita, y al encontrarse con un simple mortal allí donde creyó habérselas con un semi dios vestido de brocado y talco, el mismo desencanto es causa de su turbación. ¿Quién sabe si iba prevenida para introducirse con un centenar de alejandrinos de Racine, y no acierta con un prosaico:—Dios guarde á V., caballero?

Los dos personajes del cuadro están en situación y el conjunto tiene notable sabor de época.

EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

Con dificultad puede darse una imagen más completa de la fuerza bruta. La lucha está empeñada entre los dos irracionales más poderosos del desierto: el búfalo es el contendiente más digno del león.

Algo mayor que un toro regular, dotado por la naturaleza de un armamento que hace poco menos que irresistible su acometida, robusto, ágil, diestro en el manejo de sus terribles cuernos, el búfalo es el solo animal que puede medir sus fuerzas con las fuerzas y las armas del rey de los bosques.

A su poder hay que juntar su valor, y con valor y con poder se permite disputar al león la presa que éste cree segura, ya no traidoramente como la pantera, ya no por medio de la resistencia pasiva como el elefante; sino frente á frente, rugiendo con la misma fiera de su rival, como un coloso reta á otro coloso, como un rey disputa á otro rey una corona.

La escena es espantosa y cuando, al par de la sangre, se mezclan los rugidos de entrambas fieras, ningun habitante del bosque, incluso el tigre real, es osado á salir de su caverna por temor de saciar la sed de matanza de que los combatientes se hallan poseídos.

Y cuando uno piensa que el hombre, tan débil en el órden físico, doma al león y al búfalo y hace pesar sobre uno y otro el despotismo de su inteligencia, es fuerza acoger con una sonrisa de compasión á esos filósofos que todo lo reducen á materia y para los cuales el rey de la creación no pasa de ser un animal de órden bastante secundario, que puede terminar en el mono ó quizás proceder de él.

UNA BODA EN BRETAÑA

Preparativos para el banquete.—El baile.

Breña es el país de Francia que menos vive en Francia, al menos en la Francia moderna. Allí las personas y las cosas, las fisonomías, los trajes y las costumbres, parecen haberse estacionado hace mucho tiempo.

Así, por ejemplo, una boda, que, por lo regular, no pasa de ser una fiesta de familia, constituye un verdadero acontecimiento, en que toma parte toda la población de la localidad en que se celebra, y aun todos cuantos quieren agregarse voluntariamente. Los bretones tienen costumbres patriarcales y sabido es que la hospitalidad es el más generalizado deber en los pueblos primitivos. De esta suerte, no es de extrañar que cuando llega la hora del banquete, se coma en todos los aposentos de la casa paterna, sin perjuicio de sus afueras; espectáculo que recuerda las opíparas bodas de Camacho tan apetitosamente descritas por el gran Cervantes.

No es menos típico el baile que tiene lugar después del banquete, baile tan tranquilo y honesto que casi casi deja de ser baile.

Al día siguiente, con las sobras abundantes del anterior festín se adereza nuevo banquete, en que se sientan todos los pobres de la comarca, servidos, con amabilidad suma, por las familias de los novios.

Muchos son los *touristes* que encuentran soporíferas las costumbres bretonas; y sin embargo no carecen de poesía y de encanto para aquellos que respetan cual se merece á los pueblos unidos en el comun sentimiento de Dios y Patria.

MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS
proyectado por Gustavo Doré

Paris acaba de satisfacer una deuda de honor, pues empeñado se halla el honor de los pueblos en perpetuar la memoria de sus grandes hombres. Alejandro Dumas (padre) el popular novelista, el inagotable proveedor de los principales folletines franceses, el célebre autor de *Los tres mosqueteros* y del *Conde de Montecristo*, tiene un bello monumento en la plaza Malesherbes de la capital de Francia.

Ese monumento fué proyectado por Gustavo Doré, que para honrar á tan insigne escritor se necesitaba el concurso de tan insigne artista. La idea es tan sencilla como apropiada: en el pedestal un grupo de tres personas figuran deleitarse en la lectura de una de las obras del fecundo ingenio: estos lectores pertenecen á distintas clases sociales, pues el mayor mérito de Alejandro Dumas consistió en hacerse interesante para todos. Jamás su talento sirvió á una causa dada; de aquí su verdadera popularidad. Remata el monumento la hermosa estatua del gran novelista, tranquilamente sentado, reflejándose en su semblante, á la par de su poderosa inteligencia, aquel festivo humor que fué su mejor amigo en la opulencia y en la desgracia, que de todo hubo en su accidentada vida.

El general aplauso con que ha sido acogida esta obra, demuestra que á la gloria póstuma se camina por la bello senda que recorrió Alejandro Dumas, y no por el fangosa torrente que en mal hora cruzan Emilio Zola y sus adeptos.

VIAJE DEL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO á España

La llegada á nuestra patria del príncipe imperial de Alemania, nos ha sugerido la idea, que creemos aprobarán nuestros lectores, de publicar algunos grabados que tengan relacion con su viaje. A este fin damos hoy en lugar de la acostumbrada lámina suelta, y aparte del retrato de S. A. I. que incluimos en la plana primera, cuatro páginas que contienen una vista del *Prinz Adalbert*, buque de la armada alemana en que el príncipe ha efectuado la travesía de Génova á Valencia; otra, de grandes dimensiones, de dicho puerto italiano; otra de un punto de la pintoresca costa valenciana, y por fin otras tres que representan la *Plaza Mayor* y la *Puerta del Sol* de Madrid, y el régio alcázar de los monarcas españoles.

En los siguientes números insertaremos asimismo otras vistas de las poblaciones que recorra el príncipe Federico Guillermo durante su excursion por España.

EL PREMIO GRANDE

POR DON JUAN TOMÁS SALVANY

I

Durante una velada primaveral, Tony Grice, el famoso *clown*, vulgo payaso, lucía como de costumbre sus habilidades; ejecutaba con limpieza y garbo extraordinarios sus saltos y cabriolas, sus equilibrios y caídas, sus tumbos y contorsiones, en la redonda arena del Circo de Price.

¿Y el público? ¡Oh, el público!... Baste decir que se trataba de una noche, no, de un *dia de moda*, para comprender vosotros que aquél era numeroso y ofrecía un conjunto abigarrado que, partiendo del buen tono, remataba en cursi. Y esto se explica fácilmente: apénas un círculo cualquiera cobra fama de distinguido, concurren á él muchas personas vulgares, gran número de elementos extraños, anhelosos de distinguirse, cual si al respirar la atmósfera del salon, del teatro ó lo que sea, por la garganta y por las ventanas de la nariz hasta la médula de los huesos se les entrara la distincion; ésta, á pesar de ello, no se improvisa ni se finge á los ojos del buen entendedor; la distincion es innata en las personas á quienes con frecuencia se la otorga la naturaleza sin más ley que su capricho; por esta razon sin duda, yo recuerdo haber visto, y vosotros tambien, duquesas muy vulgares y costureras muy distinguidas.

El buen tono, ó sea la flor de la sociedad; lo compone, pues, una exigua minoría; todo lo demás es hojarasca. Aquella noche, en el Circo, veíanse aquí y allá, en los palcos y en las sillas, algunas damas aristocráticas destacándose entre la multitud, como encendidas rosas entre las oscuras hojas de un rosal.

Todo ello no obsta para que una gran parte del público, sobre todo el de las gradas, se hallara pendiente, crispado, mejor dicho, ante las gracias y desgracias de su payaso favorito. Eran de ver y de admirar lo fijo de las miradas, lo abierto de las bocas, lo estirado de los cuellos, lo violento, en fin, de las posturas, en aquellos cuerpos, dentro de los cuales parecia el alma saltar y contorcerse como el *clown* sobre la arena. A cada gracia de éste, á cada gesticulacion inesperada, á cada equilibrio difícil ó á cada salto peligroso, aquella estupefacta muchedumbre oscilaba y agitábase de un modo semejante al de las copas de un robledal, sacudidas por un viento huracanado, fingiendo con sus aplausos, murmullos y risotadas, el crujido de las ramas al desgajarse y chocar unas con otras.

En una silla de las de tercera fila, confundido entre los espectadores, veíase á un jóven de rostro simpático y porte distinguido, en quien lo muy cepillado y no flamante de su traje revelaban á los ojos del sagaz observador más aseo que fortuna. Este jóven, con ojos y manos puestos en un periódico, parecia no cuidarse poco ni mucho de las habilidades y chocarrerías del payaso que á los demás regocijaba.

De pronto, los aplausos se hicieron más fragorosos y más expansivas las risotadas; en el mismo momento el jóven, habiendo sin duda terminado su lectura, dobló el periódico y lo guardó maquinalmente en el bolsillo posterior de su *chaquet*.

—¡Que se repita! ¡Otro! ¡Otro!—gritaban como energúmenos muchos admiradores del *clown*.

—¡El tren! ¡El tren!—añadían los restantes.

Nuestro jóven sacó un flamante reloj de níkel, miró en él la hora, hizo una mueca imperceptible y paseó por el Circo una mirada distraida, una de

esas miradas que se fijan en todos sin ver á ninguno. No obstante, entónces vió... á su derecha, dos sillas más allá, en la misma fila, vió á una jóven, casi una niña, cuyas prendas y circunstancias visibles despertaron su instinto observador. La niña, llamémosla así á pesar de la longitud de su falda, sin ser lo que se llama una real moza, atraía á medida que se la miraba: tenia una cabeza artísticamente colocada sobre los hombros; la caída de éstos, el cuello, la espalda y el seno dibujaban suaves, graciosas y undulantes curvas; su cabello, fino, ensortijado y lustroso, no cabía en un sencillo sombrero de paja, tan parco en adornos como rico de elegancia; la frente de la niña era espaciosa y no la velaba esa especie de flequillo de rizos con que las mujeres se empeñan en inventar gracias ramplonas, destruyendo las naturales; tenia muy pobladas las cejas y muy largas las pestañas, muy negros los ojos, muy blancos los dientes, muy rojos los labios, muy correcta la nariz, redonda y carnosa la barba; su aterciopelado cutis era de un color moreno claro y casi diáfano; lo inteligente de la mirada y lo modesto al par que distinguido de su porte, absorbieron del todo la atencion de nuestro jóven, cuyos ojos se posaron en la niña, como en la copa de una acacia dos pardillos cansados de volar.

Tony Grice y otros dos *clowns*, singularmente unidos de piés y manos, rodaban en aquel momento sobre la arena del Circo, simulando los vagones de un tren disparado á gran velocidad, miéntras el público aplaudía á más y mejor la habilidad de los payasos; éstos deshicieron de improviso el tren, pusiéronse en pié de un salto y comenzaron á darse unos á otros de cachetes, entre brincos y carreras desordenadas, chistes groseros, ademanes innobles, que provocaron entre la multitud estrepitosas risotadas.

La niña no pudo contener un leve gesto de impaciencia, y un ligero bostezo contrajo la rosada boca, haciendo resaltar la blancura de sus dientes. Este bostezo y este impaciente gesto acabaron de atraer al jóven.

—No la divierten las chocarrerías; alma delicada y culta,—dijo para sí.

—¿Te aburres, hija mia?

—No, papá, jamás me aburro á tu lado,—respondió sencillamente la interpelada.

El designado con tan respetable título era un caballero flaco y canoso, de aspecto simpático, y vecino de silla de nuestro jóven.

—Si te parece, nos iremos,—repuso.

—De ningún modo; quiero ver los leones.

—¿Pues no decías que te asustaban?

—Así es la verdad; pero el susto supone una emocion, la emocion oculta un sentimiento, y quien no siente no vive.

Estas palabras, proferidas con adorable sencillez, sacaron, si vale la frase, sacaron de quicio el alma de nuestro jóven. Miró á la niña con expresion tan singular, que ésta, al advertirlo, se ruborizó.

—¿Falta mucho para la exhibicion de esos animalitos?—preguntó el caballero.

La niña tentó sus bolsillos y dirigió una mirada en torno de su persona, buscando inútilmente el programa de la funcion.

—Si me permite V...—se aventuró á decir el jóven, alargando el suyo al caballero.

Este aceptó, dándole las gracias con exquisita cortesía.

—*Caballo montado á la alta escuela por Mlle. Marietta... La percha maravillosa... Intermedio de...* Faltan tres números,—dijo devolviendo al jóven su programa, despues de recorrerlo rápidamente con la vista.

Los *clowns*, en tanto, continuaban haciendo de las suyas. En aquel momento, Tony Grice se detuvo en el punto de la arena más inmediato al que ocupaban nuestros personajes, y dirigiendo la vista y el ademán hácia la niña, profirió estas palabras:

—Mi estarr enamorado de esa señorrita.

—¿Osté?—le preguntó un segundo *clown*.

—Mi.

—*Allora vi daró un schiaffo.*

¡Paf!... ¡Puf!... Oyéronse dos sopapos y ambos payasos rodaron por la arena. El público soltó una ruidosa carcajada.

La niña, cubierta de rubor, no sabia qué postura adoptar ni adónde volver los ojos. El caballero la miraba con inquietud y dirigía al propio tiempo furiosas miradas á los *clowns*.

Como éstos se dispusieran á proseguir la broma, nuestro jóven les arrojó un puñado de cigarros que distrajeron la atencion de los payasos, llevándolos al lado opuesto del redondel, hasta que saltando y riñendo, desaparecieron entre los aplausos de la multitud.

—¡Gracias á Dios!—profirió involuntariamente el jóven.

—¿Cómo! ¿No le gustan á V. los payasos?—preguntó el caballero.

—Ni chispa.

—Cref!...

—¡Oh!... ¡no!—interrumpió el jóven, como quien se apresura á rechazar una grave acusacion.—Si les arrojé mis tabacos, fué para librar de sus impertinencias á esa señorita.

La niña, ruborizada como nunca, se inclinó ligeramente.

—Por lo demás, estos espectáculos me parecen de lo más amanerado, y no suelo concurrir al Circo sino una vez por temporada, cuando se anuncia en él algo extraordinario. Esta noche, pongo por caso, he venido á ver al capitán Cardono y sus cinco leones.

—Tambien nosotros,—afirmó el caballero.

—En cuanto á los *clowns*,—repuso el jóven,—los aborrezco con toda mi alma, en el buen sentido de la palabra, por supuesto; quiero decir que aborrezco al *clown*, no al hombre. Esos trajes abigarrados y anti-estéticos, esas pelucas terminadas en punta, esos rostros embadurnados, esas frases estúpidas, esos modales grotescos y esos golpes simulados, me parecen una monstruosa abdicacion de la dignidad humana. Al verlos, en lugar de echarme á reir, si no temiera el ridículo, me echaria á llorar... A llorar, sí,—prosiguió con cierta exaltacion;—á llorar por la dignidad humana, víctima de esos bufones innobles, por la estética disfrazada de payaso en ese traje ignominioso, por la inteligente expresion que, á semejanza suya, puso Dios en nuestro rostro, enterrada bajo esa nutrida capa de albayalde; por el buen gusto y la delicadeza, en fin, muertos en ese público mayor de edad, que los aplaude y con ellos se divierte.

La calurosa peroracion del jóven, quizás por lo imprevista, iba cautivando al caballero hasta el punto de hacerle olvidar, á pesar de sus aficiones ecuestres, que Mlle. Marietta montaba en aquel momento á la alta escuela un magnífico caballo. En cuanto á la niña, lo fijo de su mirada, lo inmóvil de su actitud, descompuesta sólo por algunas ligeras cabezadas de asentimiento, revelaban claramente el interés, no me atrevo á decir el entusiasmo, con que oía al jóven.

—Con todo,—prosiguió éste,—enfascado en tales y tan tristes consideraciones, pienso á lo mejor que los *clowns* son hombres obligados á luchar por la existencia, á defenderse así del hambre que devora á quien no come, y entónces no puedo ménos de compadecerlos y de sentirme profundamente conmovido. ¡Ah! juzgamos con ligereza de las cosas y no solemos ver sino la superficie de ellas. Ese mismo *clown*, que acaba de entregarse á una verdadera orgía de saltos y cabriolas, de ordinariéces bufas, de risas sardónicas y de chistes trasnochados, ¡quién sabe! Acaso, obligado por la necesidad, haya venido al Circo despues de ver morir á su madre, á su hermano ó á su hijo, y todas esas gracias que tanto han divertido á los espectadores no sean otra cosa que accidentes del llanto ó convulsiones del dolor; acaso, al volver á su domicilio, despues de la funcion, le guarde en él su padre moribundo ó la miseria con su implacable séquito de horrores; acaso sienta su corazon destrozado por las torturas de un amor sin esperanza; acaso él mismo sea un hombre culto, sensible, ilustrado, y el primero en reprobar su bajo oficio, y el único en reirse de ese público vil al cual divierte. ¡Horrible, muy horrible el llanto, sangre del alma herida por el dolor; pero más horribles aún el chiste forzado, la carcajada sardónica, la mueca con honores de risa bajo la cual se esconde el llanto!...

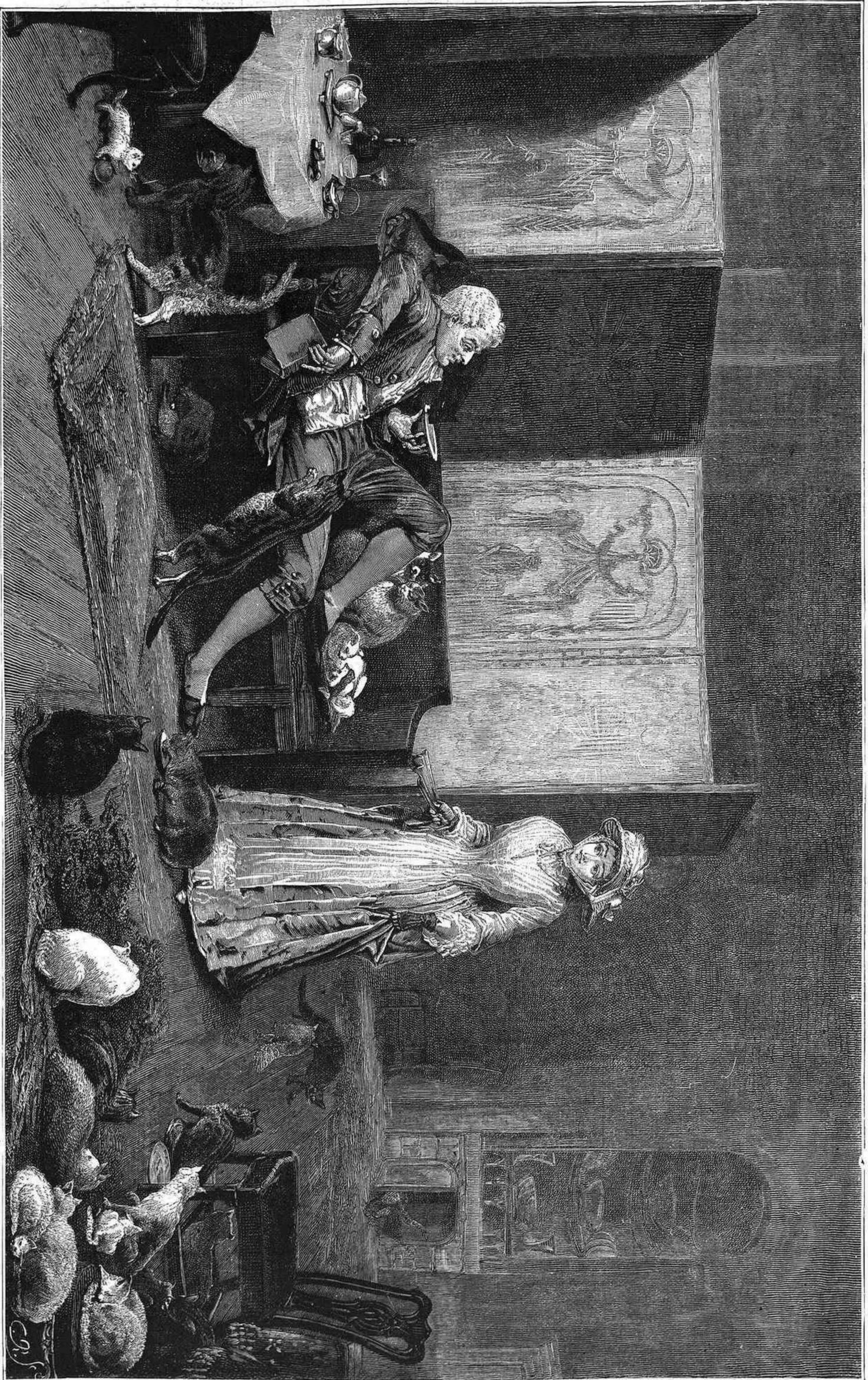
El caballero, absorto en escuchar al jóven, ni siquiera miró al redondel cuando Mlle. Marietta, haciendo saltar la valla del mismo á su caballo, desapareció entre un trueno de palmadas. La niña, en tanto, sin replicar palabra, apresuróse á enjugar una lágrima indiscreta que, á pesar de ello, no pasó inadvertida al orador.

—Sin embargo,—concluyó este último,—no considero necesario el oficio de *clown*, ni que ese público grosero venga á divertirse con tales chocarrerías: existen profesiones, oficios más nobles con que atender al preciso sustento, espectáculos más cultos é instructivos con que proporcionarse unas horas de solaz y esparcimiento.

Proferidas estas palabras, todos callaron, entregado cada cual á las reflexiones que el caso le sugiriera.

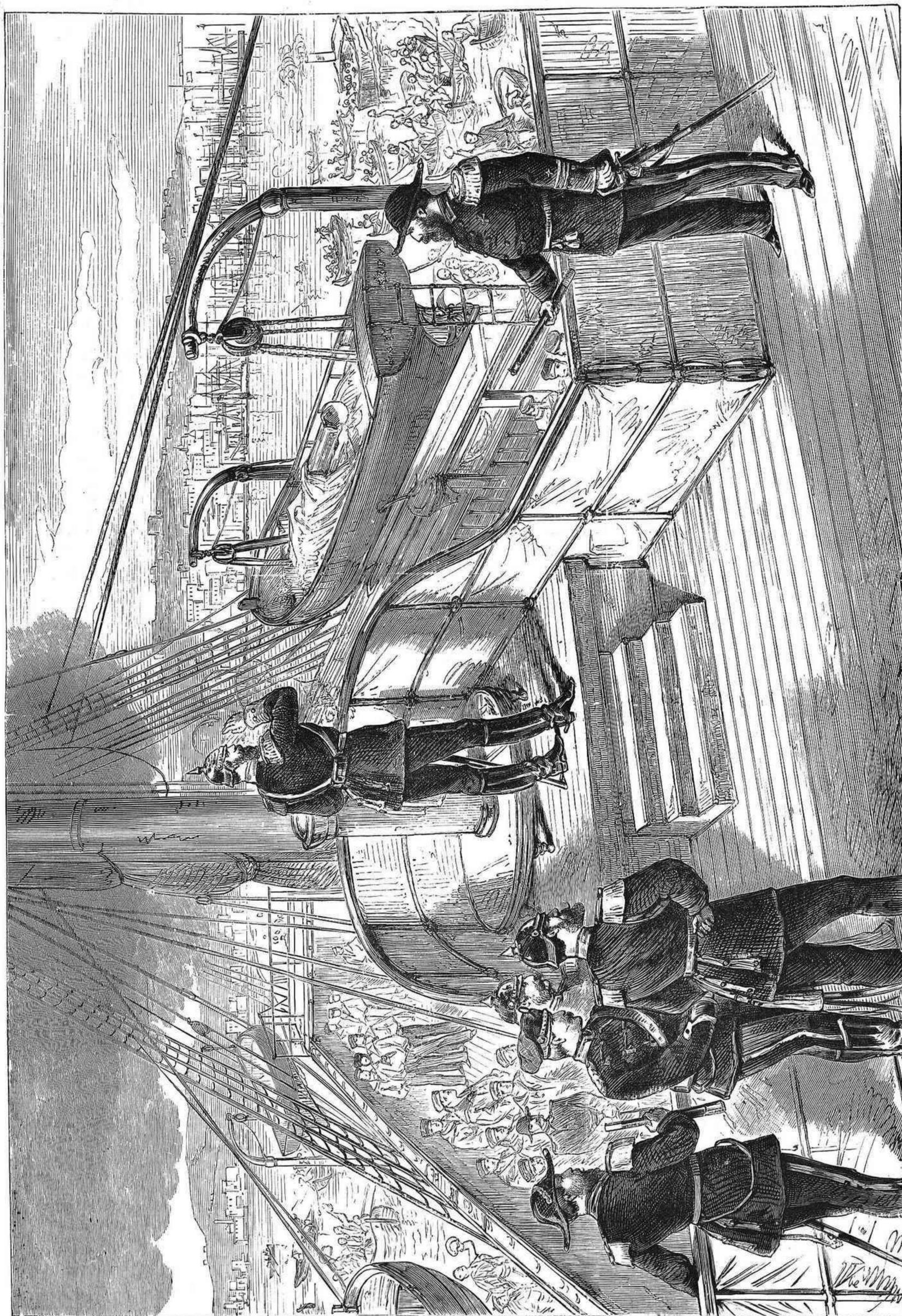
—¡Papá, papá, los leones!—dijo al fin la niña, alborozada.

En efecto, una enorme jaula, cuyo interior ocultaban grandes planchas de metal, rodó al impulso de forzudos brazos hasta el centro de la arena. Un rugido imponente como una voz de mando, terrible como una amenaza de muerte, estremeció á la con-



UN ACTOR RETIRADO, cuadro por F. Smallfield

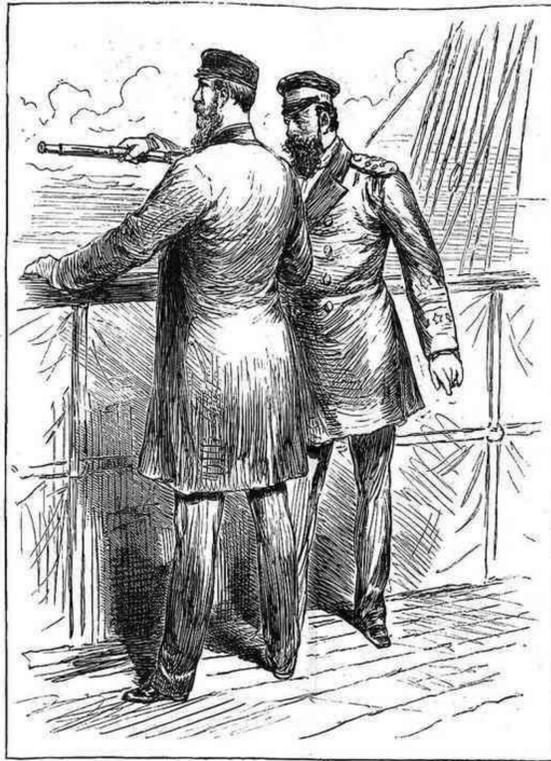
VIAJE DEL PRINCIPE FEDERICO GUILLERMO A ESPAÑA



Salida del principe Federico Guillermo del puerto de Génova.



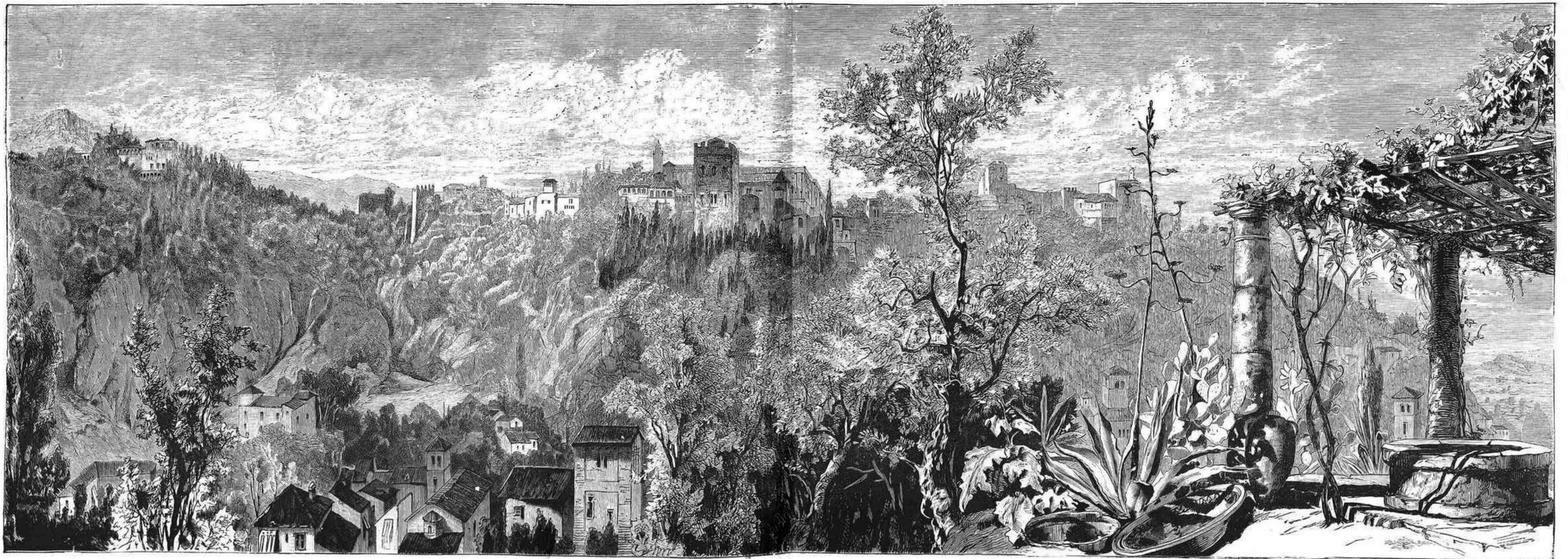
Efecto del temporal



El principe en el puente del Comandante



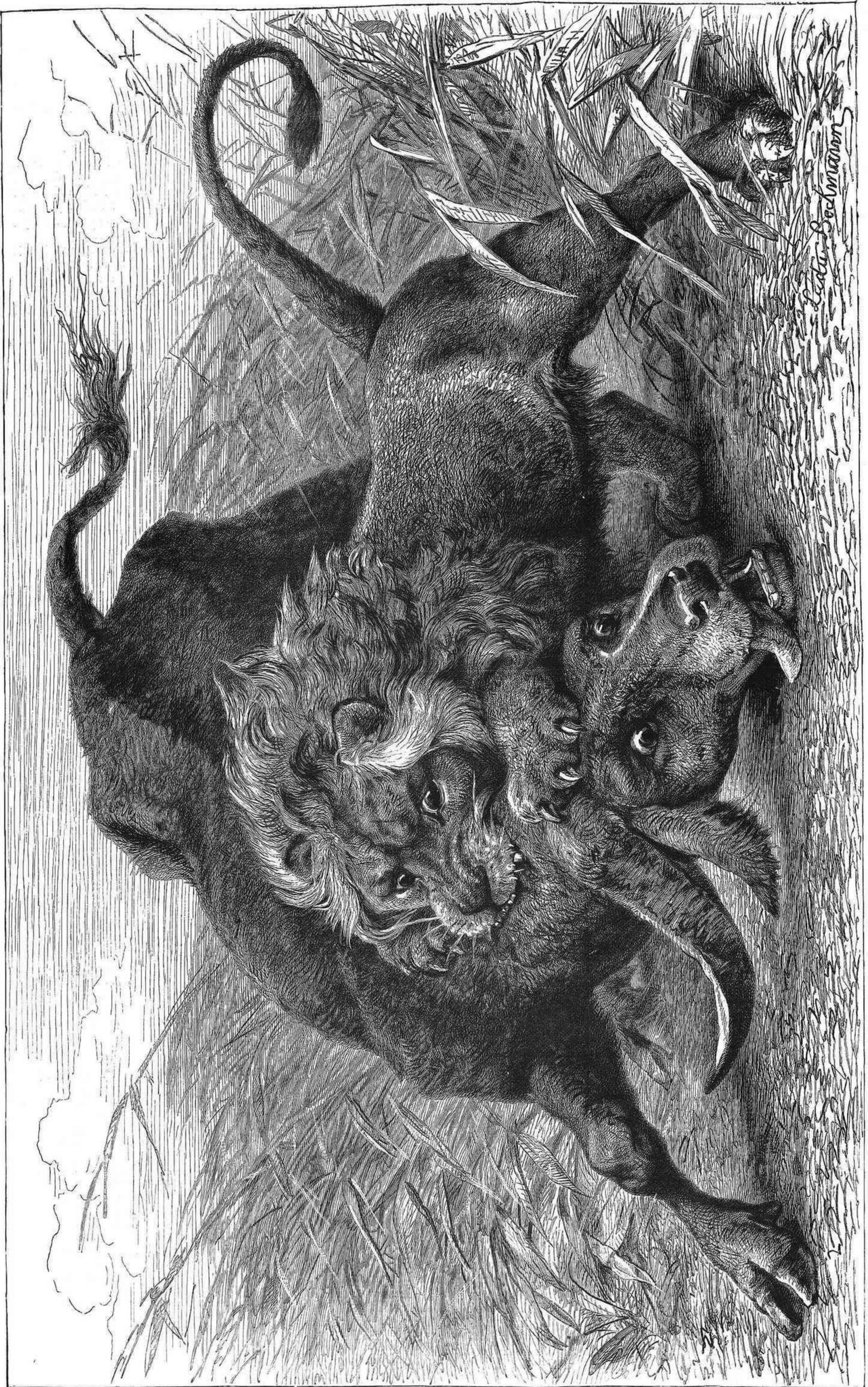
Camarote de los correspondales



Vista general de la Alhambra de Granada, tomada desde el Albaicin



Entrada del principe imperial de Alemania en Madrid



EL LEON Y EL BÚFALO, dibujo por Beckmann

currencia, hizo latir aceleradamente los corazones, concentrarse las miradas y la atención en el lugar donde se ocultaban aún los reyes del desierto.

—¿Ve V.?—repuso el joven dirigiéndose nuevamente al caballero,—ese espectáculo será peligroso, inmoral, todo lo que V. quiera; pero no degrada y, por mi parte, confieso que me seduce. Encuentro algo terriblemente grande en esa lucha y en esa victoria del hombre sobre el bruto, de la inteligencia sobre la fuerza, del rey de la creación sobre el rey de los bosques. Luego, ese palpitante interés, esa emoción suprema que experimenta todo un público hasta ver quién vence á quién, en lugar de degradarlo, desarrolla en su corazón el sentimiento y le presta nuevo brio.

El caballero hizo con la cabeza una señal afirmativa que secundó la niña.

Cayeron las planchas que ocultaban el interior de la jaula, y el público pudo admirar, con toda su rugiente fiera, á cinco leones, cuyos ojos inyectados en sangre, cuyas flotantes melanas y garras amenazadoras parecían desafiar á los espectadores. Observóse en el compacto público cierta undulante agitación que recordaba un campo de rubias mieses sacudidas por el viento.

El capitán Cardono saltó en medio de la arena, siendo saludado con un aplauso general. Era un hombre en toda la fuerza de la edad, moreno, nervudo, de gentil presencia, de mirada audaz, robusto cuello y abundosa melena, cual si en ella quisiera competir con los leones. Llevaba la cabeza descubierta; vestía botas de montar, ajustado y recio pantalón de ante, largo casaca de paño con bordados, ceñido por un cinto de cuero, en el cual brillaban las cinceladas culatas de dos pistolas, y empuñaba un látigo en la diestra.

Dirigióse resueltamente á la jaula de los leones que, al verle, rugieron de coraje; abrió con cautela la puerta y entró cerrándola tras sí. Las cinco fieras comenzaron á saltar desordenadamente en todas direcciones, amenazando con garras y fauces al capitán, sin que por ello se atrevieran á tocarle. Era de ver y de admirar cómo el intrépido domador les daba de latigazos, irritándolos con el gesto y con la voz; ya con saltos redoblados los veía sobre su cabeza, cual banda de hambrientas águilas, ya revolverse rugientes á sus pies, alta la garra y la fauce amenazante; ya avanzaban furiosos contra él, ya retrocedían acorralados hasta un rincón de la ferrada jaula. El capitán echó mano á sus pistolas, cada una de dos cañones, y uno tras otro descerrajó los cuatro tiros á las feroces fieras. Y las voces imperiosas del domador, y los rugidos imponentes de los leones, y el estruendo de una y otra detonación, y el resplandor de los fogonazos, y el rápido saltar y revolverse de aquellos cinco brutos en torno de una figura humana, formaban un conjunto salvaje, informe, aterrador, que helaba la sangre en las venas y suspendía la respiración en los pulmones. Era aquello algo parecido á una lucha de titanes, á las embestidas del mar alborotado, á los ímpetus del huracán tronchando un bosque de encinas seculares; era, en fin, un espectáculo aterrador, indescriptible.

Nuestro joven, no obstante, intentó describirlo, diciendo:

—¡Soberbio! Así, en la jaula del cerebro humano, luchan y se revuelven las pasiones, más rugientes aún que las fieras del desierto, contra la razón, su domadora. Mientras la razón triunfa, como aquí el domador de los leones, el latente espectáculo cerebral no deja de ser una diversion, un nuevo encanto de la vida; pero si las pasiones, es decir, las fieras, devoran á la razón, que debió domarlas, el hombre es devorado á su vez por las pasiones, la conciencia sucumbe y el espíritu rueda hasta el fondo del abismo.

—¡Bien comparado, joven!—no pudo menos de exclamar el caballero.

La niña, aunque nada dijo, posó en el semblante del filósofo una mirada investigadora, larga y profunda, cual si quisiera penetrar hasta el doblado más recóndito de su alma.

En el mismo instante, el capitán, saliendo de la jaula, cerraba rápidamente la puerta, hasta la cual con sus amenazas y rugidos le acompañaron los leones, entre una tempestad de bravos y palmadas que el público, entusiasmado, tributaba al domador.

Por tercera vez salía éste al redondel á saludar y ser saludado por los espectadores, cuando la niña, de pie y con el abrigo puesto, se dispuso á abandonar el Circo, seguida de su padre. Ni uno ni otra lo verificaron sin dirigir un ligero saludo al joven, que contestó respectivamente:

—A los pies de V... Beso á V. la mano.

Luego, su primer impulso fué levantarse y seguirles, con objeto de averiguar el domicilio de la hermosa niña. Considerando empero un vil espionaje semejante acción, inmóvil en su sitio, se con-

tentó con no perderlos de vista hasta que hubieron desaparecido.

II

En Madrid, nada más fácil que averiguar la vida y milagros del prójimo: la rodante murmuración os los cuentan cien veces sin que queráis saberlos. A los ocho días, Miguel (así se llamaba nuestro joven) supo que el caballero, llamado á su vez D. Justo del Cigarral, último vástago de una noble familia toledana venida muy á menos, había renunciado á ostentar el título de conde, por avenirse el condado muy mal con su mermada fortuna; que el dicho D. Justo veíase en la precisión de desempeñar un destino en el ministerio de Estado, con el haber de siete mil quinientas pesetas anuales; supo, además, que este funcionario público era viudo y que con Lucía, su única hija, habitaba un tercer piso en la calle de Bailén; supo, en fin, para feliz coronamiento de sus informes, que al dejar atrás los quince abríles, ya la discreta hija de D. Justo hacía digna de su nombre bautismal, pues por su belleza de alma y cuerpo *Lucía lucía* donde quiera que se presentase.

Miguel recibió con singular satisfacción tales noticias y alegróse por todo extremo de que la niña no fuese rica, considerando muy discretamente que las riquezas suelen ser foco de corrupción, ó verdugos del sentimiento, ó valladar infranqueable para un joven pobre, aspirante á la mano de una doncella opulenta, honrada y no mal parecida.

En Madrid, nada más fácil que disminuir la distancia entre dos ó más personas, gracias al frecuente y expansivo trato social de los madrileños. En su consecuencia, á los dos meses de la referida exhibición de los leones en el Circo de Price, fuese casualidad, fuese obra del primero, Miguel, Lucía y el padre de ésta se encontraron de nuevo en una tertulia, y fueron mutuamente presentados por la señora de la casa. Padre é hija supieron entonces por boca del mismo joven, que éste era natural de Madrid; que formaba parte de una modesta y poco numerosa familia; que había terminado la carrera de leyes, bien que sin pleitos todavía, y que era, como la hija de D. Justo, huérfano de madre. Supieron poco después, y eso no lo dijo Miguel, pero lo notaron ellos, que poseía una educación esmerada, unos conocimientos nada vulgares, un espíritu recto, un *sentido* para él mal llamado *común*, puesto que era muy superior al de la inmensa mayoría de los mortales, y una delicadeza de gustos y sentimientos todavía menos común entre los individuos del sexo no siempre con razón apellidado fuerte.

Una de las conversaciones entre nuestros personajes versó sobre la función del Circo de Price, durante la cual se conocieron, sobre los espectáculos gimnásticos y los *clowns*, vertiendo Miguel tantas y tan luminosas ideas, formando tan atinados conceptos, describiendo tan exactas apreciaciones, que acabó de granjearse en breve las ya nacientes simpatías de D. Justo y de su hija.

Miguel tenía un verdadero interés en concurrir á la tertulia, que se verificaba todos los juéves, y sus nuevos amigos, por otro lado, tampoco faltaban á ella.

Lucía se iba acostumbrando insensiblemente al trato de Miguel, y si tal vez fuera aventurado decir que amaba al joven, no lo será el asegurar que amaba su conversación, lo cual venía á ser lo mismo, profesando á su interlocutor una reconcentrada simpatía y una franca admiración hácia el saber y entendimiento que aquél, sin vanidad y sin querer, á cada paso revelaba. Y no eran por cierto injustificados estos afectos de Lucía: el trato de Miguel, además de su exquisita finura, era encantador por lo original; en cuanto á su conversación, amena, pintoresca, salpicada de imágenes ingeniosas, de pensamientos profundos ó sublimes, expresados siempre en un lenguaje llano y culto, no se parecía á la de los demás hombres. No solía abusar de la galantería, pero al usarla alguna vez, eclipsaba con ella á todos los galanteadores de oficio; y como quiera que no las prodigaba, sus frases galantes tenían más valor que las de ningún otro. Sin duda por aquello de que adonde quiera que fueres haz lo que vieres, bailaba como un simple y frívolo mortal, sin dar importancia al baile y burlándose ántes bien de los bailadores, á cuyo propósito solía decir que el salón, atestado de parejas saltarinas, se le antojaba enorme olla donde hirviesen judías.

Por lo demás, Miguel admiraba constantemente la discreción y belleza de Lucía, y bien podía decirse de él que estaba enamorado, aunque en modo alguno declarase á su amiga semejante sentimiento.

Ambos habían bailado juntos muchos valsos y ejercido repetidas veces el noble comercio de sus ideas, cuando una velada, en la tertulia, la amiga dijo al amigo:

—Miguel, ¿quiere V. que juguemos un décimo á la lotería?

—¡Cómo! ¡Es V. jugadora!

—He tenido una corazonada.

—¡También supersticiosa!

—¿Quién se libra, siquiera un momento, de supersticiones?

—No he jugado nunca.

—Mejor; dicen que el que juega por vez primera, gana.

—Preocupaciones.

—Creo que con V. me va á tocar.

—Siendo así, no quiero incurrir en la crueldad de negar á V. la suerte. Estoy á sus órdenes, Lucía.

Sin fe en las corazonadas, ni en el azar, Miguel aceptó, por complacer á su amiga, y también por otra razón menos generosa: le halagaba aquella comunidad de intereses con Lucía.

Jugaron, pues, á medias un décimo de seis pesetas, y como era de esperar, no les tocó.

—No hay justicia en la tierra,—dijo Lucía,—V. merece ser rico.

—No me asuste V.; si lo merezco, jamás llegaré á serlo.

—Renuncio á probar fortuna por ese lado,—repuso la niña.

Y se burló discretamente de su corazonada, y no volvió á mentar á Miguel la lotería.

En esto se fué acercando la canícula y, según costumbre de todos los años, comenzó en Madrid la dispersión general. Miguel, á pesar de ello, no abandonó la corte, porque no le era fácil permitirse viajes de recreo, ni podía resolverse á imitar con este objeto á los que toman dinero prestado ó se arruinan tras fútiles caprichos. D. Justo y su hija tampoco la abandonaron, ya por análogas razones que Miguel, ya por atender el primero, escrupuloso en grado sumo, á las exigencias de su destino. De acuerdo con otros tertulianos, que igualmente permanecían en Madrid, trasladaron la reunión á los jardines del Buen Retiro, durante las noches de concierto.

(Continuará.)

FANTASIA SOBRE MOTIVOS DE CAZA

EN LA CIUDAD

Aquel día experimentóse un extraño fenómeno que no dejó de almar á los sabios. Absurdos rumores corrieron por la tierra, y hallando eco en los corazones timoratos, hicieron creer á algunos que una nueva irrupción de hunnos y suevos amenazaba el antiguo mundo, á esta Europa desdentada y achacosa, como vieja harta de goces y alifafes.

Las escopetas saltaron dentro del armero, y disparándose voluntariamente, aguzaron el oído para escuchar las armonías alegres de vida, primavera y juventud, que el campo enviaba á la ciudad en brazos del aire.

Un zurrón de caza abrió su boca, mostrando aquellas sus honduras de tela de lienzo manchado con sangre de conejos. Las perdices urbanas que dentro del jaulón de alambre languidecían como *Eugenia Grandet* esperando al amor de su alma, esponjaron el plumoso ropaje, alargaron el cuello, entornaron dulcemente los ojos, y abriendo el rojo pico parlero, exclaman, poco más ó menos, el siguiente estupendo discurso: «¡Llegó, llegó la fecha! Ah ingratas hermanas nuestras, que nos tachais de falsas y traidoras, porque, con nuestro cantar alharacoso y alegre, os atraemos ante la escopeta de los hombres; no es culpa nuestra el que vosotras vengais...»

«Nosotras cantamos porque nos sale del alma el cantar; porque, enfermas de *saudade*, si no cantáramos nos ahogaríamos; porque así como la caldera de vapor habría de reventar si no arrojase el blanco vaho, nosotras reventaríamos si no echásemos al mundo los gorjeos de nuestra pena negra y sin fin. ¡Día feliz! Mañana saldremos al campo; mañana nos oiréis cantar... pero no acudais. ¡Contestadnos desde lejos!...»

Los sombreros de paja de inconmensurables alas quisieron tomar vuelo como enorme mariposa, hasta colocarse en las cabezas de los cazadores, que agrupados á la sombra de aquel emparrado, habían sentido hervir en su cerebro la burbuja que determina la idea según los materialistas, y trazaban sobre el mantel de la mesa el plan de la próxima expedición venatoria.

Son un ejército por lo numerosos; una tribu salvaje por lo desigual de sus armas y vestidos; una comunidad de frailes por lo cuidadosamente que rellenan las alforjas de apetitosos bocados, y el ventruado botillo pezoso y rezumón de corroborante zumo divino y excitante. Unos llevan correcto vestido de exquisita elegancia, sombrero de fieltro con pluma de pavo real, que coqueta se balancea como el pompon de un cabo de gastadores. Otros van en mangas de camisa, como el *Don Frutos* de Breton. No falta quien se cubra el veloso pecho con gruesa tela de crudo lienzo, ni quien lleve los rudos brazos al aire ennegrecidos de ludir con soles y tramontanas.

Todos llevan el mismo pensamiento: cazar. Sus escopetas serán más ó menos costosas y certeras, pero todos desempeñan el mismo oficio: cazan. Unos se encaminan al castillo elegante, donde les aguardan todas las comodida-

des de la ciudad y todos los placeres campestres, mientras otros dormirán, á cielo descubierta, sobre la dura tierra, con la cabeza apoyada en el zurrón; pero éstos y aquéllos, al reposar sus cuerpos sudorosos despues de la faena del día, cuando el dios del dormir les toca con su dedo índice en las cansadas pupilas y caen en un sopor dulce y delicioso, sueñan con un amanecer sonrosado, fresco; con una ladera erizada de zarzales, gallombas y lentiscos de la cual, como que brotan los conejos en cuadrillas, las perdices en falanges, las codornices en bandadas, los gamos en inmensidades numéricas; y en que, sobre toda esta animación de la floresta, mil bocas de fuego sacan sus lenguas de pólvora inflamada, pronunciando palabras que matan, diezman y asolan á los miseros habitantes de la selva.

En el pueblo, la botica es el cuartel general de los cazadores. Allí se espera el día de la apertura de la caza y suelen oírse estas palabras:

—«Mañana es.»

—«De hoy en ocho días... al campo.»

—«Pasado mañana... sobre las armas.»

—«Hoy he llevado al herrero la escopeta para que le gobierne el gatillo. ¡Hay que estar preparados!»

Estas son las voces que, corriendo por el mundo hicieron temblar á los más tímidos, dándoles ocasion á pensar en que algun desaguisado bélico meditaban los «eternos enemigos del órden...» ¡Ved qué temor más infundado! Si hubiesen oído á los cazadores de la botica cuando decían á seguida:

—«La perra *Sola* está sublime... ¡Ha de menear bien á la gente de pelo corto!»

—«*Sultan* y *Canelo* están deseando salir al campo... ¡Qué inquietud la suya!... Hoy han roto dos veces la cadena.»

—«Mi *Gerundio* y mi *Alambre* tienen alborotado el pueblo con sus ladridos.»

Si esto hubieran escuchado los espíritus tímidos temblones, habrían comprendido que no se trataba de una revolución ó guerra, sino de una gran partida de caza, en solemnidad de haberse abierto las imaginarias puertas del campo, girando sin chirriar sobre los goznes mohosos de la ley.

Hay quien, sin embargo, no goza de esta dichosa felicidad agreste: es un hombre que se esconde de los cazadores de órden, un demagogo de los campos, un *nihilista* práctico: el cazador ilegal, para el cual no hay meses de veda.

¿Cómo ha de alegrarse de un suceso que á él le quita el dominio exclusivo del monte? Al decirle «Se te permite cazar,» si él está ya cansado de recorrer todos los rincones del mundo donde puede haber caza, es como si á un amante le dicen: «Esa mujer es tuya en cuerpo y alma» cuando está ya hastiado de sus gracias y cuando sus caricias han marchitado el lirio de su pureza virginal.

Estos cazadores, que adelantan á la época de la caza, me parecen unos monstruosos avaros que quieren que el árbol les entregue su fruto ántes de echar las hojas. ¿Sabéis quién es su digno acompañante? No el perro, que es bicho legal y honrado como pocos, sino esa alimaña hirsuta, larguirucha, mal oliente y escurridiza que se mete por los agujeros de las casas subterráneas donde los conejos moran, y dispersa las honestas tertulias de estos doctos animalillos: ¡el huron!... El huron es el esbirro de los campos.

EN EL MONTE

Un cazador místico, que lleva en el hondo bolsillo de su chaqueta una edición primorosa de fray Luis de Granada, dice que aquella noche—la de la apertura de la caza—cuando era ya pasada por filo la hora de las doce y la luna palidecía en lo alto de la inmensa techumbre celestial como un reverbero falto de luz, entre lo más enrevesado y oscuro del sombrero monte, escuchó un



UNA BODA EN BRETAÑA (preparativos para el banquete)



UNA BODA EN BRETAÑA (el baile)

lejano sonido de bocinas, cantares misteriosísimos é indescifrables, coros de voces que, pareciendo humanas bajaban del cielo, y otros rumores, capaces todos de espantar al mismo león de la Mancha, á D. Quijote, digo, el hidalgo invicto é insigne. Refiere el mismo cazador que de aquella oscura laceria de brazos de abetos, ramas de lentiscos y matorral espeso que forma allí una especie de cortina de follaje, surgió un tibio resplandor, que fué poco á poco aumentando hasta que en su foco se dibujó la silueta del santo patron de la caza, de San Huberto, rodeado de jaurías ladradoras, trofeos de liebres, y perdices muertas y otros atributos.

Pero yo no creo á este cazador místico, y tengo para mí que aquella noche debió apagar su sed con el dorado jugo de las cepas jerezanas, y que aquel polvo de sol liquidado, y no otra cosa, fué lo que le hizo ver visiones.

Lo que me consta, es que el campo se llenó de gritos de dolor cuando por todos los senderos fué desembocando una multitud de gente armada. No hubo conejo seguro, liebre tranquila, ni perdiz, en paz de Dios. Aquí sonaba un tiro; allí sonaba otro; las lejanas montañas devolvían multiplicado el fuego de la fusilería y los ladridos de perdigueros, *pointers* y galgos.

Cuando llegó la tarde y la mortífera gente se replegó hácia su rancho hubo más de una liebre viuda que tuvo que rodearse al cuello un pedazo de tul, en señal de pena por haber perdido á su amado esposo. Muchas palomas murieron de la horrible impresion que les hizo el fogonazo de un aprendiz de tirador, al cual le marró la puntería. Algun conejo, veterano en tales achaques, huyó cojeando con un perdigon en una zanca, y el olor de la pólvora en los chamuscados y nobles bigotillos. ¡Cuántas compa-

ñas de emigradoras codornices que habían firmado pacto de union con la pata derecha en las arenas de Africa, fueron dispersadas por el plomo y el fuego!

¡Muchas, muchas, muchas debieron de ser!

Pero ¿qué queréis?... Si nosotros no nos comiéramos á la solícita república de animalejos, estos se devorarían entre sí.

Además, ¡qué placer no produce al hombre de las ciudades ese baño de cuerpo entero de la naturaleza, á virtud del cual el espíritu en las églogas se apodera de su alma! El duelo de un hombre culto bien vale el duelo de un conejo.

¡La caza abierta! ¡el campo libre! ¡el monte hirviendo en séres vivos, desde el escarabajo á la mariposa, desde el raton al ciervo! ¡hombres de las ciudades, salid á respirar el aire embalsamado y confortativo! La salud os guarde del brazo del placer.

J. ORTEGA MUNILLA

LA CATEDRAL DE ÁVILA (I)

I

Para el conocimiento de nuestra arquitectura cristiana en la Edad Media, pocas localidades ofrecen más interés que la pequeña ciudad del Adaja. Cierto, que no posee el cúmulo de monumentos importantes que presentan Salamanca ó Toledo; pero con ser tan corto, relativamente, el número de los suyos, constituyen un eslabon inexcusable en la historia de nuestras grandes construcciones. La Catedral, S. Vicente, S. Pedro, S. Segundo, las ruinas de S. Isidoro, por una parte, á más de las murallas; Santo Tomás y las muchas casas particulares de los siglos xv y xvi, por otra, son ejemplos del mayor interés, y alguno de ellos insustituible, de la serie de nuestros estilos románico, ojival, del Renacimiento y plateresco.

No sólo es en este orden en el que Ávila descuella. En punto á escultura, su valía es casi igual: baste citar el sepulcro, único tal vez en España, de S. Vicente; las hermosas estatuas de este templo, más románicas que las de Santiago y análogas á las de San Martín de Segovia más bien que á las de Oviedo; las de la puerta N. de la Catedral, correspondientes con las de Burgos y Leon; el sepulcro del Tostado; el del príncipe D. Juan, en Santo Tomás (quizá el mejor que en su estilo podemos presentar en España) y la sillería de este mismo templo. Por último, para no hacer más larga esta enumeración, puede asegurarse que sería difícil estudiar debidamente, sin los datos que Ávila encierra, la escuela castellana de pintura de los siglos xv y xvi; y que la platería, la herrería y otras artes afines, están allí representadas por admirable modo. Sirvan de ejemplo los púlpitos de la Catedral, ó la custodia de Arfe.

La primera obra que llama la atención del viajero al acercarse á la ciudad, son sus murallas. Hay que acordarse de Lugo y Carasona, para conceder que en otra parte subsista una construcción análoga. Más aún. Si bien el recinto y las fortificaciones que protegen la antigua ciudadela de la Galla meridional, son anteriores á las defensas abulenses (como levantadas por los visigodos sobre restos (2) romanos, en tiempos en que los dominios españoles se extendían desde la desembocadura del Tajo á la del Loire);

y si á sus reformas y modificaciones van unidos los nombres de los albigenses, de San Luis, de Felipe el Atrevido, presentando un ejemplar, único en Europa, de la arquitectura militar desde el siglo vi al xiii, las murallas de Avila, posteriores á la primera época de las indicadas construcciones, quizá no han sufrido tanto y se presentan más puras y homogéneas, sin trazas (á lo ménos, á primera vista) de grandes alteraciones ni restauraciones. Comenzadas—algunos, probablemente sin razon, añaden «y concluidas»—por D. Ramon de Borgoña á fines del siglo xi, bajo la dirección de los famosos ingenieros extranjeros (?) Casandro y Florin de Pituenga, á quienes tantas cosas se atribuyen, cercan por completo la ciudad en la extensión de unos 2,500 metros: miden de altura 10 ó 12, por unos 3 de espesor; constan de 86 torreones, que se elevan á veces hasta 16 metros, y tienen 10 puertas, cada una de ellas flanqueada por dos de dichos torreones, enlazados por un arco. Entre las

(1) Sobre Avila deben consultarse: Street, *Arquitectura gótica en España* (inglés); el *Manual* de Ford (id.) corregido por Riaño; Parcerisa, *Recuerdos y bellezas de España*; las láminas publicadas en los *Mon. arquitectónicos* y las fotografías de Laurent.

(2) Viollet-le-Duc, *La cité de Carcassonne*, 1878.



MONUMENTO ERIGIDO EN PARIS Á LA MEMORIA DE ALEJANDRO DUMAS, (proyectado por Gustavo Doré)

otras torres, sobresalen la del Alcázar, y singularmente la que forma el ábside de la Catedral.

Es este del mayor interés, por presentar un bello ejemplo de los ábsides fortificados de la época románica: v. g. el de S. Sernin, en la misma citada Carasona, que, como el de Avila, forma parte del recinto amurallado de la ciudad. Dentro de este vasto tambor, taladrado por pocos huecos, dividido en paños verticales por columnas y pilares alternados, y coronado por un parapeto almenado, tras el cual se eleva otro más alto, paralelo al primero, se hallan dispuestas las naves y capillas de la cabecera de este templo. Dichas capillas, de planta circular y escasa luz, se encierran en el grueso del muro, sin acusarse al exterior; y las dos naves que dan vuelta al presbiterio y cuya división se apoya sobre delgadas y atrevidas columnas, forman un *chevet*, tal vez, después del de Toledo, sin rival en España. Toda esta parte corresponde á la transición del estilo románico al primitivo ojival, que domina en los arcos y bóvedas, mientras aquel se presenta en los pilares, columnas y aristones, y es dudoso pertenecer á una época anterior á los últimos años del siglo xii. La planta de la cabecera adolece de cierta irregularidad é incongruencia con el resto. Por ejemplo: está compartida en cinco naves (sin contar las capillas absida-

les), mientras que el cuerpo de la iglesia, de una anchura equivalente, sólo tiene tres. Esto no obstante, el efecto es severo y hermoso. En dicha parte del templo, al respaldo del altar mayor y rodeado de muy poco graciosos relieves, del gusto del Renacimiento, se encuentra el sepulcro del famoso obispo abulense Alonso de Madrigal, el Tostado, obra de Berruguete, en el mismo estilo; pero tan superior, cuanto que probablemente es la mejor del escultor castellano: pues, á pesar de lo recargado de la composición, excede en mucho á otras que pasan por sus obras maestras, v. g. la sillería de Toledo: las actitudes son más naturales, la composición más sentida y el conjunto más fino y delicado.

Menor interés tiene el retablo de pintura del altar mayor, tras del cual se encuentra este sepulcro. Es del xv y de estilo plateresco, alternando los arcos canopiales, un tanto enrevesados, del gótico en la agonía, con las columnas y pilastras del Renacimiento. Consta de tres pisos, subdivididos en paños por las grandes líneas de la armadura. Estos paños son obra de Santos Cruz, Juan de Borgoña y Berruguete (Pedro); y, á pesar de la benévola y respetable opinión de Street, su principal importancia es con respecto á la historia del arte, sobre todo á la de nuestra pintura tan poco estudiada aún: pues sus cuadros, ni son «de gran mérito,» ni están «admirablemente pintados.» Los mejores son los del piso inferior, probablemente de Santos Cruz; los del intermedio, deben pertenecer á Borgoña y semejan mucho á las pinturas murales de la Sala Capitular de Toledo; y los de la última zona corresponden á Pedro de Berruguete. En ninguno de los tres prepondera el influjo germánico, como también añade Street, sino el italiano. Notemos al propio tiempo el contraste de esta benevolencia del eminente arquitecto con el silencio en que pasa, no sólo el sepulcro, ya citado, del Abulense, sino el pequeño retablitto de mármol, también de estilo italiano, colocado al pié del otro y uno de los más finos que poseemos. El desden con que mira las obras del Renacimiento es sin duda la fuente de estos errores.

La justa severidad que por el contrario despliega con motivo de las irregularidades de construcción del presbiterio están muy en su lugar; si bien el efecto estético de esta parte de la catedral, según él mismo reconoce, es indisputable bajo otros aspectos. El triforio, con sus ajimeces de herradura; las vidrieras de colores, aunque ya del último tiempo, de las ventanas superiores de arco redondo, y el contraste entre ambos órdenes, hacen de este presbiterio, á pesar de sus faltas, uno de los más bellos que pueden verse en nuestras catedrales.

El crucero consta de dos tramos de bóveda en vez de uno, volviendo las naves laterales: lo propio que acontece por ejemplo, en Leon. En él se encuentran los dos célebres púlpitos de hierro dorado (gótico flameante el uno y el otro del Renacimiento, que con el de San Gil en Burgos y los de Santiago y Toledo de bronce), son quizá los más importantes ejemplares que de este género nos quedan; no así las rejas del coro y el presbiterio, pesadas é insignificantes. Tampoco tienen gran valor los altares de mármol que junto á los púlpitos adornan el crucero, á pesar de su fama y de la rica labor, en el estilo del xvi, á que la deben sin duda. El coro

es algo vulgar, sobre todo en su parte arquitectónica; la sillería, también del Renacimiento, es un poco mejor, pero muy inferior á la gótica de Santo Tomás, no obstante atribuirse ambas, tal vez sin razon, al mismo autor, Cornielis.

Desde el crucero, el cuerpo de la iglesia corresponde

ya al segundo período del gótico, presentando el estilo característico del xiv, salvo en la parte inferior, propia del xiii y cuyos pilares, de sabor románico todavía, probablemente estaban destinados á sostener otra clase de obra; fenómeno frecuente en estos edificios y del cual resulta una compensación entre la elegancia de los motivos geométricos que dominan en la ventanería y rosetones (tapiados hoy é inútiles algunos) y el gusto sobrio y severo del cuerpo inferior y las naves laterales, á cuyo carácter contribuye el tono uniforme y oscuro de la piedra, que no es ya el granito manchado de rojo, que constituye el material de la cabecera y que por cierto á primera vista no parece granito, sino arenisca abigarrada.

De los sepulcros (la mayor parte del xiii y el xiv) que pueblan en gran número el templo, sólo debe aquí mencionarse—por razon de brevedad—uno de los colocados en la primera capilla de la nave N., debajo de la torre, por presentar una cornisa árabe de hojas convencionales en el estilo granadino; de los demás objetos conviene recordar una escultura, copia de la *Pietà* de Miguel Angel, la pila bautismal gótica y varios retablos de pintura española, del xv al xvi, que convendría estudiar con detenimiento.

F. GINER DE LOS RIOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON